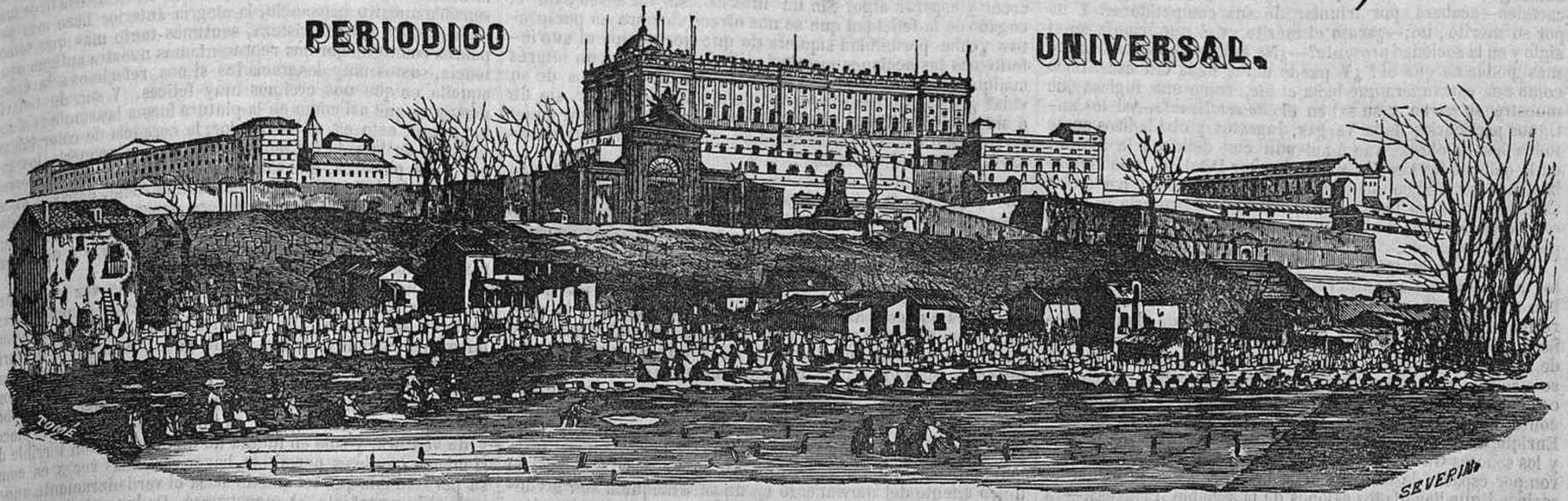


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 12.—SÁBADO 22 DE MARZO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 60.

REVISTA DE MADRID.

Cuatro son las grandes festividades, á la vez populares y religiosas, que celebra cada año nuestra capital: el día de San José; el de San Isidro; el del Córpus, y el de Páscoa de Navidad; y en ellas toman parte no solamente todas las clases, sino casi todos los individuos.—Es imposible imaginar, el que no los haya visto, el movimiento, la animación que reinan en Madrid en tales épocas; el trueque de regalos que se cruzan en cada calle; los innumerables banquetes, los bailes mas ó menos modestos que hay en cada casa; los brindis mas ó menos cultos que resuenan en cada comida.

En el pueblo, donde se conservan siempre mejor las costumbres y las tradiciones antiguas, ninguna familia, acomodada ó no, deja de celebrar tales fiestas como mejor puede. Si hay, si se espera algun suceso extraordinario, se aplaza para una de esas cuatro solemnidades, aunque especialmente para la de San José.—¿Se trata de una boda entre dos honrados menestrales?—Pues es seguro que se realizará el 19 de marzo.—¿Es el bautizo del hijo de un artesano que ha nacido una quincena antes?—De fijo se suspenderá hasta San Isidro.—¿Hay que estrenar un vestido, ó una mantilla, ó una capa,—que la capa es el traje de ceremonia del pobre en todas las estaciones?—Pues se estrenará el día del Córpus.—¿Se ceba un pavo, un capon ó un cordero?—No hay miedo de que el infeliz vea asomar la aurora del 25 de diciembre!

Lo propio que decíamos de las diversiones del carnaval, decimos de las que nos sirven ahora de tema. ¡Feliz, feliz el pueblo, que se entrega á ellas en cuerpo y alma! Feliz el pueblo, que cuenta primero los meses, las semanas luego, despues los dias; por último, los instantes que faltan para su anual llegada!—En la existencia afanosa del artesano, hay siempre algo que le sonria y que le anime: sin la esperanza del domingo moriria, quizás no de fatiga, pero sí de tristeza; sin la esperanza de esos dias consagrados á los placeres, le parecería la vida insostenible y odiosa.

Tampoco las clases elevadas miran con absoluta indiferencia las festividades que hemos señalado; pero su manera de celebrarlas dista infinito de la efusion y de la alegría populares.—Tambien en los palacios aristocráticos hay banquetes; pero son banquetes ceremoniosos, en que ni el Champagne mismo hace perder su gravedad á los convidados; en que no se prescinde de la etiqueta nunca, y en que en todo se piensa menos en el objeto de la reunion. San José sirve de motivo para un sarao que interrumpa la monotonía de la cuaresma; san Isidro de pretexto para abandonar una tarde el Prado; la Páscoa para lucir una vajilla nueva, recién llegada de Londres ó de París.

Este año cual siempre, Madrid ha ofrecido el 19 el espectáculo de costumbre: gran consumo de dulces, de tarjetas, y de flores; gran movimiento y gran circulacion por dó quiera; y para que todo fuese grande, gran concurrencia en los teatros.—En algunos salones música; en otros, en los mas, polkas y *schotins*, pues el dia de san José no se considera pecado el bailar, segun autoridades de peso en la materia; así como en París el dia de la *demi-caureme*,—ó en que se parte la vieja, cual decian los castellanos rancios—se vuelve por veinticuatro horas á las locuras y extravagancias del carnaval.

Para el 19 se anunciaba tambien, aunque no se verificará hasta el mes próximo, la boda de la señorita doña Fernanda Villaroel, hija de los duques de la Conquista, y el señor marqués de san Saturnino; la de la señorita doña Isabel Liñan, con el conde de Motezuma, se realizará mañana; la de la señorita doña Pilar Chaves, hermana del actual duque de Noblejas, con el primogénito del conde de Fonollar; la de la señorita doña Mercedes Alcalá Galiano, hija de los condes de Casa-Valencia, con el señor Baron Beyens, secretario de la legacion de Bélgica, serán muy pronto; y en fin, dentro de dos meses deben verificarse igualmente la del señor duque de Noblejas con una señorita de Burgos, de la familia de los marqueses de Espinardo; y la de la señorita doña María de Aguilera, con el joven don Javier Romano.—Segun se vé, si el invierno ha sido estéril en matrimonios, la primavera se anuncia rica y fecunda en ellos cual ninguna otra.—Y en efecto, la estacion de las flores y de las tibias brisas, es la mejor para esa época tan breve como dulce—al decir de los que la han probado—que en el estilo moderno se llama *la luna de miel*, y á la que nuestros padres llamaban con mayor exactitud *el pan de la boda*.—Aranjuez albergará á varias de estas parejas conyugales; Andalucía á alguna; Barcelona á otras,

porque la costumbre inglesa de abandonar la capital despues de efectuado un matrimonio, cuenta cada vez mayor número de partidarios.—Estos por moda, aquellos por convicción, otros por instinto, buscan la soledad... acompañados, unico modo de que á nosotros nos gusta la soledad.

Ningun pueblo del mundo, esceptuando al francés, nos aventaja en la propension á imitar todo lo nuevo, venga de donde viniere. Como la superficie de un limpio estanque, como la luna de un claro espejo, nuestra sociedad refleja los hábitos, los usos que debian serle mas antipáticos y mas opuestos. Con la frase sacramental de: *Es moda!*—admite lo absurdo, lo ridículo, lo estravagante; pero impresionable é inconstante, con la misma facilidad con que acepta, olvida; con la misma facilidad con que fabrica destruye sus ídolos.

Y por si se nos tachase de injustos, recordaremos á esa pobre Fuoco, á quien hemos visto marchar la semana última con el mayor desden, sin que uno siquiera de sus antiguos apasionados haya ido á darle la mano para subir á la prosáica diligencia.—¿Que se ha necesitado para eclipsar á ese sol, que parecia tan brillante hace seis meses?—La proximidad de otro sol nuevo.—Nosotros fuimos los primeros á presagiarlo, y aquí mismo; el reinado de la Fuoco concluyó el dia en que dió fin su competencia con la Guy Stephan.—Y á propósito de esta consignemos de pasada que en Barcelona—sin duda porque los catalanes son menos veleidosos

que los madrileños—donde la graciosa silfide se halla ahora por tercera vez, produce verdadero fanatismo. Ella tambien, como César, puede decir: *Fut, bailé, y venci*; porque realmente venció sin esfuerzo á otra bailarina italiana,—la señora Boschetti—que antes de su arribo obtenia todas las simpatías del público.—Los triunfos mas notables de la Guy han sido en la poética *Gisela*, en *El delirio de un pintor*, y en *La aurora*; pero ahora sin duda le aguarda otro aun mayor en *La linda Beatriz*, obra verdaderamente maestra de la coreografía francesa, y en la que la aérea y elegante *willi*, puede ostentar su gracia, y su consumada habilidad.

Durante el actual invierno han sido mas que nunca frecuentes las elevaciones y destronamientos de reinas.... de teatro: Fanny Stanley empuñó el cetro por espacio de dos ses, y vino á arrancárselo de las manos Herminia Frezzolini, que á su vez ha debido cederlo á Fanny Cerito, la cual es hoy dia objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones. Joven, linda, elegante, célebre ¿se necesita mas para predecirle ovaciones tan ruidosas como exageradas?—Luego, la estacion de las flores se acerca, y es seguro que cada noche verá caer á sus piés una lluvia de ramilletes.

• Pero Miss Stanley no se dá por vencida, y despues de haber brillado como amazona intrépida, quiere transformarse en bailarina española: quiere competir con la Nena, que se



Rugiero Sétimo.

refugia en el teatro del Drama; con Petra Cámara, mas en favor que nunca en el Circo y en Variedades.—Nosotros, sin embargo, creemos que la *jóven inglesa*—como la llaman los carteles—acabará por triunfar de sus competidoras. Y no por su mérito, no;—¿acaso el mérito es el que triunfa en el siglo y en la sociedad presente?—¿No es la *escentricidad* mucho mas poderosa que él? ¿Y puede darse nada tan escéntrico como una estrangera que baila el *ole*, como una inglesa que muestra su garbo y su sal en el *vito sevillano*?—Así los antiguos partidarios de la Vargas, ingratos y olvidadizos como todos los hombres, van á aplaudir con delirio á la Stanley en la calle de las Urosas; y así el señor Dardalla, que conoce bastante al público madrileño en general, y en particular al público de su teatro, se apresura á contratarla para un *corto número de funciones*, que se alargará tanto como los espectadores quieran.

Estamos en la época de los conciertos, y en *attendant* de los que se prometían en el régio alcazar, son ya varios los que han tenido efecto durante las dos semanas de la actual cuaresma. El primer lugar entre ellos le pertenece al que la señora princesa de la Paz dió el jueves anterior en su bella casa de la calle de Alcalá. Ademas de la escelente música que allí se ejecutó, juntáronse cinco voces privilegiadas, cinco voces de esas que va siendo raro encontrar, y sobre todo encontrarlas reunidas: Las señoritas doña Dolores y doña Enriqueta García, un nuevo tenor catalán, el señor Belart, y los señores Gironella y Reguer, cantantes de Cámara, hicieron por espacio de cuatro horas las delicias de la brillante sociedad que llenaba los salones de la amable Princesa.—El señor Saldoni, el conocido é inteligente maestro que dirige el concierto, debió quedar tan satisfecho del resultado de este, como de sus discípulas las señoritas de García, las cuales son ya algo mas que dos aficionadas, son dos artistas notables. El señor Belart posee una hermosísima voz, fresca, pura, igual, y pastosa: de los señores Gironella y Reguer nada hay que decir, porque todo está dicho acerca de su mérito.—Asegúrase que no será esta la última fiesta con que la princesa de la Paz obsequie á sus amigos, y todos sin excepción lo desean.

Tambien la Sra. de Page, que sigue recibiendo los lunes, tuvo el día de S. José un agradable concierto en su casa, dirigido por la señorita Anglés, quien posee el doble talento de maestra y de cantatriz, y pudo ser apreciada bajo estos dos aspectos distintos aquella noche. Cuantos tomaron parte en la funcion eran discípulos suyos, y despues de haber hecho juzgar del efecto de sus lecciones, dió ella misma la medida de su habilidad cantando una cavatina de Donizetti con mil primores de ejecucion, con una agilidad, y un buen gusto sorprendentes.

Estos dias corre una buena noticia entre los *pollos y leones*: dícese que el Sr. Santamarca, animado por los elogios unánimes que ha merecido el magnífico baile del 9, piensa dar otro en la próxima Pascua para estrenar las habitaciones principales de su casa. Semejante rumor halla tantos crédulos como incrédulos; pero unos y otros repiten lo que los carlistas en Navarra cuando se les prometia para una época inmediata la entrada en Madrid: *Ojalá!*

RAMON DE NAVARRETE.

Del deseo de la felicidad.

Porque no se persuade íntimamente el hombre de que lo único sensible de la felicidad es *el deseo*; porque no acaba de convencerse de que es imposible sobre la tierra un estado de placer constante é inalterable; porque espera, entonces, cuando le parece no creerlo, que ha de llegar un momento en que nada desee y nada aborrezca; en una palabra, porque no le abandona completamente jamás la ilusión de hallar la felicidad en aquello mismo que *desea*, por todo esto, decimos, le parece muy ligero el peso enorme de la vida, no se aparta un solo paso de la senda que le fué trazada desde el punto de su creacion, es lo que es, puede todo lo que vemos, y alcanza á ejecutar, muchas veces, aun aquello mismo que él llegó apenas á concebir. En vez de que, si el hombre oyera clara y distinta la voz de la razon material, admitiera como principios fijos é inmutables los establecidos por los estóicos, y se *persuadiera íntimamente* de que la felicidad es una sombra engañosa que cada uno proyecta y en pos de la cual corre sin posibilidad, sin medio alguno de alcanzarla, entonces, en el punto mismo de su conviccion y desengaño, al desaparecer de su entusiasmo y de su fé, perdidos ya completamente el temor y la esperanza, le faltaria de igual modo y al propio tiempo el interés, que es el mas terrible y poderoso agente, ó como si digéramos, el único móvil de las acciones humanas.

O en otros términos; no cabe duda que seria muy horroroso despertar aquel que sentiríamos nosotros cuando del sueño breve y engañoso de la vida pasáramos sin detenernos á la vijilancia eterna y penosa de la muerte; pero bien, téngase entendido que este seria nuestro único despertar, ora si un golpe terrible de la desgracia, dado la inmediacion de nuestra existencia, nos conmoviese hasta el mayor extremo, bien que una luz brillante, la filosofia, iluminase completamente la cámara oscura de nuestra inteligencia, y dispersase las mas ligeras sombras (llámanse ilusiones poco fantásticas), hasta el punto de permitirnos ver clara y desnuda la realidad mas espantosa. En el primer caso la conviccion, la persuasion íntima de no hallar ventura en alguna parte, despues de la pérdida del objeto cuya posesion nos parece *ahora* que constituia *entonces* cuando en ella estábamos, nuestra felicidad completa, seria la causa ocasional de un repentino fallecimiento; y en el segundo, la conviccion, la persuasion íntima, tambien, de que ese y todos los demás objetos mundanales no eran acreedores á nuestra estimacion y á nuestro aprecio, ni dignos de que nos afanásemos por alcanzarlos, en una palabra, los que bastarian á hacernos bajo este ó el otro concepto felices, cortaria los alientos á nuestra esperanza y nuestro deseo, dejaria apagarse la llama del entusiasmo y de la fé, privaria de sus mas importantes relaciones á la vida humana, y haria finalmente, que nuestra propia materia fuese un cadáver.

¿Cómo se concibe, sino, un hombre tan perfectamente desengañado de lo que es el mundo, tan íntimamente persu-

dido de que la felicidad no existe, cuya razon clarísima le impida desear nada, cuyo recto juicio no le aconseje proponerse alguna cosa, cuya imaginacion apagada se niegue á creer y esperar algo? Sin un interés, sin un deseo, sin el engaño de la felicidad que se nos ofrece siempre en perspectiva ¿cabe posibilidad siquiera de que ejecutemos ni aun intentemos las acciones mas insignificantes? ¿No es un interés cualquiera el que mueve al hombre en todos los actos de su vida? ¿Obrar sin interés en el mundo no seria obrar sin fin ó sin motivo? ¿Y qué interés mayor que el de alcanzar aquello que real ó imaginariamente es para nosotros lo mas necesario lo mas indispensable?

¿Luego sentais, se nos dirá, el principio desconsolador de que el *gocce* de la felicidad es otro imposible, una vez que su *deseo* es tan preciso y necesario?—Y bien, sí, le sentamos tan desconsolador como él es cierto: le sentamos, porque comprendemos que ningun ser humano tiene poder bastante para trastornar el órden ni hacer cambiar la marcha natural y constante de las cosas: le sentamos, porque nos parece que es una cosa necesaria, indispensable ese vacío inmenso del corazón para que se verifique el movimiento continuo y admirable de la voluntad, que es la que determina todos nuestros actos; el cual vacío inmenso, para que se mantenga siempre en el mismo estado es menester que cuanto echemos dentro de él sea como nada, sea inextenso, sea incorpóreo, ninguna otra cosa que nuestra ilusión, nuestra propia sombra, una mentira, un engaño: y le sentamos, últimamente, porque creemos que los pesos, los muelles, el único agente del movimiento en nuestra máquina son los deseos nunca satisfechos del corazón, y nos parece tan imposible que un hombre se mueva, que un hombre viva sin estos deseos, como que una máquina ande sin aquellos pesos, sin aquellos muelles.

Sucede que, hallándose implantado el hombre en un mundo de mentiras y de ilusiones, en donde lo real abstractamente considerado no existe, en donde la verdad, nunca, jamás, es absoluta, en donde casi todo es distinto de lo que á nosotros nos parece, en que cada uno tiene por único medio de ver sus propios ojos, de oír sus propios oídos, de percibir estos y los otros sentidos restantes, é idealiza de la manera que lo permite su mayor ó menor grado de sensibilidad únicamente, y juzga y raciocina bajo el influjo de sus propias pasiones, sucede, decimos, que le es indispensable al hombre vivir engañado y confuso y obrar atraído por la belleza aparente de los objetos exteriores, ó guiado por la superioridad y grandeza de los que le representa su fantasía interiormente. Así vemos que unos aspiran á las riquezas y los honores, otros pretenden las grandezas y el poderio, este pone sus delicias en el amor, aquel ambiciona la gloria y la fama póstuma, y los demás procuran trocar en realidad cada uno de por sí su ilusión favorita, ó alcanzar el objeto primordial que en su vida llevan propuesto; en el logro de cuyos objetos distintos los unos de los otros y en realizar las cuales ilusiones unas de otras diferentes, perciben todos que se encuentra su mayor dicha, se imaginan que existe la felicidad suprema, y juzgan y se persuaden que se combine su completo bienestar.

Y esa misma mentira, esa falsa apariencia de todo cuanto nos rodea, los límites en los espacios, los términos en la duracion, los lunares en lo bello, lo mas pequeño en lo mas grande, el vacío en todo el mundo, lo imperfecto por lo que quier, la nada por todas partes, NUESTRA PROPIA ORGANIZACION, es lo que nos constituye bajo una ley de escasez y de necesidad, en una situacion de deseo, en un estado realmente infeliz. Basta considerar al hombre acosado por la sed, acometido por el hambre, fatigado por el calor, entorpecido por el frio, inhabilitado por el cansancio, casi muerto por el dolor, para decidir al punto que estas necesidades naturales que sienten con demasiada frecuencia son suficientes por sí solas, primero á hacerle infeliz, supuesto que la felicidad es un estado de placer constante é inalterable, y despues á hacerle desear su satisfaccion que es en donde cree hallar por aquel momento su dicha mas completa. Esto en cuanto á las necesidades que llamamos naturales; que en cuanto á las imaginarias, basta tambien considerar al hombre fascinado por el lujo, avasallado por la lujuria, dominado por la gula, encantado por la pereza, poseido de la avaricia, impresionado por el honor y acosado de otras infinitas pasiones para formar un juicio aproximado de lo mucho que necesitamos para haber de satisfacernos completamente, de la duracion eterna de *nuestro deseo* de ser felices si ha de estar en armonia y ha de corresponder exactamente con la necesidad esta que siempre tenemos de serlo, y la imposibilidad aquella en que nos encontramos siempre de alcanzarlo.

Y cuenta que nosotros no negamos que el bien y el mal alternados y combinados como el placer y el dolor sean los que constituyen la vida del hombre, no: nosotros creemos que sin una esperanza de placer, sin una bella ilusión en medio de una adversidad terrible ó de un dolor profundo, sucumbirá nuestra frágil naturaleza; así como estamos muy penetrados tambien de que sin un temor, sin un *deseo* de no perder una dicha ó un bien que hemos alcanzado no podríamos disfrutarle largo tiempo. En el primer caso nos parece que moriríamos de *anemia*, y en el segundo de *plétora*. Pero ¡ah! que aquellos goces pasajeros, aquellos bienes transitorios, lejos de satisfacer nuestros deseos, como dice un célebre poeta, solo sirven para ahuecar el alma y aumentar el vacío; esto es, para hacernos sentir mejor la necesidad de que se repitan y se aumenten, para que *deseemos* mas vivir en un estado de placer constante é inalterable.

Por esto que nuestros deseos no se disminuyen, sino que se aumentan á medida de nuestros goces, y que sienten mas la necesidad de ser feliz aquel que por algunos momentos ha creído experimentar lo que vale el serlo. «Yo creia, dice Menandro, que los que no se hallan necesitados de buscar la vida gozaban de un dulce y tranquilo sueño, y que jamás esclamaban: ¡Cuán infeliz y desgraciado soy! Yo pensaba que solo el pobre dormia sin quietud en su lecho. Mas ahora veo que vosotros que pasais por felices no lo sois mas que nosotros.»

Efectivamente; todos los placeres de la vida, todos los bienes de la tierra, muy lejos de servir para nuestro bienestar y nuestra dicha, parece que solo tienen por objeto hacernos mas sensible nuestra infelicidad y nuestra miseria. Ellos

no son otra cosa que las sombras del cuadro de la vida, dibujadas allí donde pueden abultar mejor y dar mayor realce á las formas de la desgracia. Por eso, la memoria del placer de la bebida aumenta nuestra sed, la idea del descanso hace mas sensible nuestro cansancio, la alegría anterior hace mas penosa nuestra actual tristeza, sentimos tanto mas que somos pobres cuanto mejor nos representamos nuestra antigua opulencia, somos muy desgraciados si nos referimos á la época aquella en que nos creimos muy felices. Y sucede todavía mas; y es que así como en la pintura forma las sombras el color negro, esto es, el falso color, la carencia de color tal, así tambien en la vida del hombre entran á componerla los goces y los placeres, que solo son unos falsos goces, los goces absolutos de los placeres. «El mundo tiene, dice san Agustín, lazos llenos de una verdadera aspereza y de una falsa dulzura; dolores ciertos y placeres inciertos; un trabajo duro y un reposo inquieto; cosas llenas de miseria y una esperanza vacía de felicidad.»

Por otra parte, ¿ha reflexionado alguna vez el hombre acerca de su situacion despues de satisfechos completamente todos sus deseos? ¿Ha encontrado nadie, jamás, el término medio entre la plenitud de un goce, esto es, la hartura, y lo que comunmente se entiende por fastidio? ¿O mas bien se ha hallado siempre que es lo último consecuencia forzosa é inmediata de lo primero? No hay que cansarse; el hombre *siente* que su estado normal es un estado constante de placer y de ventura, y solo en fuerza de una abstraccion terrible de sí mismo que le es permitido hacer rarísimas veces es como se persuade de que tal estado seria el verdaderamente normal, el inconcebible, el monstruoso. Darnos si no al filósofo mas profundo, al estóico mas rematado, y os haremos ver al punto un melancólico que agoniza, un delirante que intenta á todas horas quitarse la vida, ó bien un indiferente tan avanzado que llega á serlo hasta de su propia indiferencia, y el cual entrando nuevamente en el círculo natural de la vida, vuelve á creer y á esperar en todo.

Ahora bien, y para que no se nos critique por haber intentado con demasiado empeño, acaso, descorrer el velo misterioso que encubre el secreto de nuestra vida, terminaremos diciendo, que hemos obrado así por dos razones; primera, porque siendo una ley constante de la naturaleza el que haya fé física en los hombres, esto es, creencia en los goces materiales, no dejará de haber dicha fé á pesar de las heridas profundas que aquí la hiciésemos, mientras exista esa misma naturaleza; y segunda, porque aún dejamos incólume la fé moral y religiosa, que es la mas eficaz y potente para conducir á los hombres á la felicidad suprema por el camino de los goces y de los placeres.—A mí me basta para ser dichoso con creer en Dios y esperar en su eterna bienaventuranza.

B. M. ARAQUE.

La cacería en Africa.

FRAGMENTO DE UN VIAJE INÉDITO DE ALEJANDRO DUMAS.

Gerard despertaba mucha curiosidad y nos tenia entretenidos con la esperanza de una caza de leones.

Una palabra fisiológica sobre el leon, y de rechazo sobre Gerard, su temible y dichoso antagonista.

Entre los animales fantásticos de la antigüedad, ninguno nos ha parecido tan terrible como esta realidad que con el nombre del leon se conoce.

En Roma no habia buena caza sin leon.

Uno de los principales motivos de disgusto de Casio contra César, es que este le tomó cincuenta leones que conservaba en Megara para las fiestas de su Edificio.

Uno de los recuerdos que hicieron mas popular en Roma á Pompeyo, fué que al celebrar su triunfo arrojó al anfiteatro trescientos leones con crines.

Ni la serpiente de Régulo, ni los elefantes de Anibal produjeron la viva impresion que Antonio cuando paseó las calles de Roma con Citerea en su carro tirado por dos leones.

El gran atractivo de la caza para los árabes consiste en el leon, al cual llaman *señor*, y creen que este poderoso animal varía de alimento cuatro veces al año. Durante el primer trimestre, come demonios, carne humana durante el segundo, tierra arcillosa en el tercero, y animales en el cuarto.

Los árabes han notado que el leon que lleva un caballo ó un camello sobre sus espaldas, y que con este peso salta una altura de tres ó cuatro pies, apenas puede sobrecargar desahogadamente con un carnero.

Anomalía como esta debia tener su esplicacion, y ellos con su poética fantasia la han encontrado.

Un día, en una asamblea de animales, decia el leon, vanagloriándose de su fuerza:

—Cargaré con un toro sobre mi espalda, si Dios quiere, con un camello, si Dios quiere, y con un caballo, si Dios quiere: llegó un carnero, y viendo que esto era mas fácil, no quiso contar con la voluntad del señor, y Dios castigó por esto al rey de los animales, haciendo que no pudiese conducir aquel pequeño animal sobre sus espaldas.

El elefante, el tigre, la pantera y el jabalí, son los únicos animales que juntamente con el hombre se atreven á combatir el leon. Se ha encontrado ya un jabalí muerto á diez pasos de un leon destripado.

Los árabes comen la carne del leon, y aun aseguran que ciertas partes de este animal curan algunas enfermedades; pero pagan bien caro este alimento, porque los hijos de un hombre que ha comido leon, mueren generalmente al echar los dientes.

La reputacion de santidad entre los ermitaños de aquel pais, aumenta considerablemente cuando han criado ó amansado leones.

Los árabes son esencialmente cazadores, y cazan el leon, la pantera, la hiena, el jabalí, el chacal, la gacela, y otras bestias salvajes, y nunca se entretienen en los conejos y perdices con que por aquí jugamos á la caza.

No hemos dicho que el leon es el primero, el mas peligroso y noble de sus adversarios, aunque ya debe suponerse con indicar que le llaman *señor*. Y cuando hablan con él frente á frente le apellidan *Juhan-ben-el-Juhan*, es decir, Juan, hijo de Juan.

¿Y por qué le han concedido su título y un nombre de

hombre? Porque segun ellos, el leon la mas noble de todas las cualidades humanas, la bravura, la generosidad, y porque comprende la palabra humana, sea cualquiera el idioma que la espese. Porque obediendo á su valor, es compasivo con las mujeres y aborrece los malvados.

Si un árabe encuentra á un leon, detiene á un caballo que se echa á temblar, y dirige la palabra á su temible antagonista: —¡Ah! eres tú, Monseñor Juan, hijo de Juan, le dice. ¿Crees tú espantarme á mí? Tú eres bravo, yo lo soy tambien; tú eres noble, tambien lo soy yo: déjame, pues, pasar como un hermano, porque soy un hombre de polvo, un hombre de negros dias.

Entonces empuña el sable, pica los estribos, y se dirige al leon que se aparta para dejarle pasar.

Pero si tiene miedo, si retiénese en el camino, en ese caso el leon le devora sin piedad. El leon sondea á su adversario, le mira cara á cara, y lee en su rostro el afecto que experimenta, y como descubre el temor, se acerca á él, le derriba con la espalda, echándolo fuera del camino con el rugido cruel precursor de la muerte. Despues le lame, se aparta, describe círculos en derredor suyo y cerca su cuerpo de matas de árboles que arranca con la cola, y luego desaparece.

El hombre entonces creyéndose libre se anima, procura escapar, pero á los cien pasos se encuentra de nuevo al leon que le cierra el camino.

El leon le derriba otra vez, lame su rostro con una lengua ensangrentada, hasta que el hombre ha perdido la cabeza ó se ha desmayado, y vase á beber á gran distancia. Desde entonces el hombre es suyo. Vuelve de beber, comienza nuevamente á lamerlo y despues á devorarlo. Mas tarde se encuentran en cualquier sitio los pies y las manos que nunca come el leon.

Algunos árabes, y téngase presente que es el narrador del desierto, y no Buffon quien habla por mi boca, algunos árabes se han salvado aun ya sin sentido y en la posicion estrema que acabamos de describir, lo cual han debido á una caravana, á un cazador ó á otro árabe mas valiente é instruido en las costumbres del leon. En este caso, el valiente en vez de huir con el otro, porque se perderian los dos, espera al leon á pié quieto, y cuando este vuelve se detiene al ver dos en vez de uno.

—Este que está aquí tendido, le dice el hombre, es un cobarde, monseñor Juan, hijo de Juan, pero soy valiente, y me llamo Fulano, hijo de Fulano, y no te temo; te pido gracia para él, porque es un cobarde, y no es digno de que te lo comas tú; yo le ataré las manos, y será mi esclavo.

El leon exhala un rugido.

—¡Oh! tranquilízate, continua el árabe bravo, yo lo castigaré severamente.

Y al decir esto ata al cobarde con la cuerda de su camello, y el leon satisfecho se aleja para no volver mas.

Hay tambien árabes, y mejor puede aplicarse á estos que al primero que se lanzó al mar, lo de tener el corazon cubierto del triple acero de que hablaba Horacio; hay tambien árabes, decimos, que aparentan miedo; y que en el momento en que el leon los humilla, le clavan un puñal en el vientre, despues de lo cual se le presentan dos medios de escapar. Un árbol próximo sobre el que tenga tiempo de subirse, y un matorral, ó buena cubierta de espinos, en cuyo centro se deslice como una serpiente. El leon entonces, temiendo punzarse su rostro, aquel rostro móvil parecido al de Júpiter Olímpico, y del cual tan bien han descrito Barye y de la Croix, se dirige contra el árbol, ó se echa junto al matorral, y espera.

En tal caso, el hombre no puede salvarse sino por una caravana.

En el camino de Bethna encontré un árabe con un leon, y huyendo de él se precipitó en un hondo hueco que divisó cerca; el leon se dirigió á la hendidura, tendió hasta lo profundo de ella su mirada de relámpago, y calculando que si descendía á su fondo no podía volver á subir nunca, se acostó tranquilamente á su borde. Por fortuna del prisionero, al siguiente dia pasó un destacamento francés que puso en fuga al leon.

Pero cuando el leon huye, los árabes tienen un medio seguro de detener su carrera; insultándole.

—Ah cobarde, miserable, ¿conque tienes miedo? ¿conque huyes? ¿Pretendes pasar por el mas valiente de los animales, y huyes despavorido como una mujer? Nosotros no te llamaremos en adelante señor, sino esclavo.

A estas palabras detiénese el leon y aguarda á los cazadores.

Es necesario que el leon se encuentre hambriento para no respetar la mujer; los árabes afirman que aun la temen. Me han asegurado ellos haber visto algunas corriendo tras el leon con una oveja, ó becerra, y aun con sus propios hijos; y agarrarlo por la cola y darle fuertes golpes. Si por casualidad el leon se ha vuelto entonces con ademán amenazante, la mujer no ha tenido que hacer mas que pararse y levantar la ropa, para que el animal haya huido de ella como del diablo.

Casi todas las pieles de leon que he visto en la Argelia estaban mutiladas, y es porque las mujeres les arrancan los dientes y las uñas para hacer talismanes, cuando los guerreros no las toman para adornar el cuello de sus caballos.

La superficie de la piel del leon tiene la virtud de espantar á los animales dañinos, y aun á los espíritus malos.

Cuando se caza el leon, lo primero que se trata es de escapar de sus tres primeros saltos, cada uno de los cuales á veces es de treinta pies. Cuando los cazadores se aperciben de que un leon ha pasado por el sitio donde se encuentran, ó que anda por aquella comarca, envian batidores de avanzada que siga sus huellas, y que le busque en el matorral donde esté oculto, que ha de ser poco espacioso para no herirse el rostro, como hemos dicho ya. Si le descubren aquellos realmente, vuelven á decirlo, y todos dirigen sus caballos á encontrarle.

El primero que le divisa, grita señalándole con el dedo, «¡Rahe-hena!»

Lo que quiere decir *no está ahí*, porque si dijera «¡Ra-hena!» es decir, *ahí está*, el leon, que como tambien hemos indicado, entiende todos los idiomas, no dejaria de devorar á su denunciador.

Despues de esto se apartan todos á la distancia de seiscientos metros, á fin de escapar de los tres primeros saltos del leon, y de poder ocultarse en caso necesario en sitios inaccesibles para la fiera.

Si el leon no ha sido herido mortalmente, sale de su escondrijo, y los árabes se alejan cargando de nuevo las armas é insultándolo si huye. Rara vez se termina una caza de este género sin que haya que lamentar la pérdida de tres ó cuatro cazadores, pues el leon casi nunca se rinde al primer choque, sino que conserva todo su brio, aun cuando la bala le haya entrado por el corazon.

En la Argelia se abusa mucho del leon. Cuando un hombre ha desaparecido, se dice, «Se lo ha comido un leon.»

Los árabes temen mucho mas á la pantera que al leon, por la absoluta falta de generosidad que tiene aquel animal; por lo que acerca de él no se cuenta ninguna de esas raras historias que del rey de los animales. La pantera con que se topa, ó mata, ó es muerta. No entiende ninguna lengua, no distingue al valiente del cobarde, y el hombre para ella, es el hombre, es decir, su enemigo, su fuerza. Sus saltos son tan rápidos como los del leon, persigue el galope del caballo, y subiéndose por la grupa, destroza el cráneo del que lo monta, ya con una simple patada, ya con los dientes, por lo cual los cazadores gastan casquete de hierro.

La pantera se caza al acecho, colocando el cebo que debe atraerla en una rama de cinco ó seis pies de elevacion, y una vez en ella, se le dispara el tiro al corazon.

Los árabes se aprovechan de la piel de la pantera para ante-silla de sus caballos.

Réstanos la hiena, á la cual ha formado tan mala reputacion Mr. Buffon; Mr. Buffon que como dijo un académico lleno de imágenes poéticas, escribió sobre las rodillas de la naturaleza.

Desgraciadamente Mr. Buffon escribia con mas frecuencia sobre las rodillas de la naturaleza parisiense que de la real. Hé aquí explicado que del mas cobarde y vil de los animales, es decir de la hiena, haya forjado uno de los mas terribles.

Erase un gobernador de Argelia, que habia estudiado el Africa, aunque no sobre el terreno, sino en Mr. Buffon, y que temiendo ver devastada nuestra flota, por la muerte de los infelices marineros que tira á tierra el grito de la hiena, dispuso en un bando pagar la suma de 25 francos al que matase uno de aquellos animales.

Mucho se alegraron los árabes al saber este secreto. Pusieron á cazar la hiena, y no hay semana que no se vea entrar por Alger: cuando el animal no quiere andar, el árabe le dá golpes y anda.

Yo pregunté á un árabe si era peligrosa la caza de la hiena y me hizo repetir la pregunta, porque no me comprendia. Cuando me entendió, sonrióse de la manera que un árabe puede hacerlo, y me invitó á hacerme relacion de esta caza, la que déjase entender que aceptaria al momento.

Os voy á decir, comenzó mi narrador, cómo se caza este animal cuando se le quiere cojer vivo. Entra el árabe en la caverna donde la hiena se oculta, despues de haber interceptado con alguna cosa los rayos luminosos, discurre por el interior con los brazos abiertos, hasta dar con la hiena, á la cual dirige algunas palabras cariñosas, y pide la pata, y la saca fuera echándola un lazo.

No respondo de que estos detalles sean enteramente ciertos, pero de cualquier modo esplican la idea que tienen los árabes del valor de la hiena.

No es la fuerza sin embargo lo que falta á la hiena, especialmente en las quijadas. En 1841 un árabe llevó una hiena á Oran, y la regaló al general Lamoriciere, el cual viéndola un dia destrozó con los dientes un hueso de naca, la envió sin demora al jardin botánico.

Volvamos á Gerard, el matador de leones.

GERARD, MATADOR DE LEONES.

Los árabes no se acuerdan sino de un matador de leones, que se llamaba Hassen, y habia sido cazador de Hamed-Rey, de Mamelak, y de Brehau-Bey, muriendo en tiempo de este.

He aquí como aquellos refieren su muerte. Ruje un leon, Hasen marcha á su encuentro; se oye un disparo, mas tarde un rugido, últimamente un grito, y nada mas. Hasen habia muerto.

Hasen cazaba con ayuda de lazos de piedra que cubria de ramas y troncos de árboles, y de esta manera mató infinidad de leones. Las armas de que se valia, entre otras, eran una carabina y dos pistolas. Cazó durante doce años, y los árabes no saben á que número ascendió el de los leones muertos por su mano. La casualidad reservó á la Francia la gloria de dar un digno sucesor á Hasen, en la persona de Julio Gerard, aposentador mayor de la caballería turca mahometana.

Julio Gerard es un hombre de treinta á treinta y un años, de estatura pequeña, delgado, y rubio; sus ojos de un azul claro, revelan dulzura á par de firmeza; su barba es poco poblada, su hablar parece el de una mujer. En 1842 se alistó en la caballería árabe de Bona (spahis) escojiendo este cuerpo porque nunca abandona el Africa. Llegó á Bona en el citado año, y quiso ser desde luego una especie de secretario militar, pero al cabo de tres meses se aburrió de gastar papel y tinta, y pidió un caballo y un fusil, arma en que se habia ejercitado notablemente. Su escuadra fué licenciado al poco tiempo para formar el de Guelma, y Gerard solicitó marchar á este punto que está á diez y ocho leguas en el interior. En Guelma hay siempre combates, ó cazería cuando menos, y Gerard obtuvo el favor de ir allí.

A la tercera noche ya Gerard escalaba los muros de la ciudad para ir á cazar el jabalí, la hiena y el chacal. En Guelma fue donde por la vez primera oyó hablar Gerard de Hasen, de los leones, de los estragos que causaban, y del peligro que habia en combatirlos.

Escuchaba todas las noches las historias que hemos contado, revestidas con la poesía del desierto, y su impresion le desvelaba noches enteras, ó le sumergia en sueños fantásticos, en los cuales él se encontraba frente á frente con aquellos señores de las montañas, y luchaba con ellos sin esperimentar ningun pavor.

Gerard, á quien un largo ejercicio en las armas de fuego habia dado un golpe de vista infalible, y una gran seguridad en la mano, por lo cual ya se le elogiaba en el pais, resolvió hacer lo posible porque la memoria de Hasen fuese olvidada, y decia frecuentemente á los árabes: si sentis bajar á un leon de la montaña, avisadme, porque quiero ser un matador de leones como Hasen, pero sin lazo, ni socorro de árboles, *al ain drea*.

PRIMER LEON.

Por el comercio del año 1844, Gerard supo que un leon devastaba la Archiona, bajando por las noches y ensangrentándose á su sabor en los rebaños. Pidió licencia, y se le concedió por tres dias.

Cuando llegó al aduar árabe, no creyó nadie que aquel jóven parecido á un niño, procedente del campo francés, hubiese venido espresamente para luchar con un leon; los habitantes de aquellas montañas, que eran todavia los hijos primitivos de la naturaleza, decian que un gran corazon no podia contenerse mas que en un pecho espacioso, y que contra la fuerza solo podia luchar la fuerza. En cuanto á Gerard, no perdió tiempo ninguno, poniéndose en marcha desde luego, aunque sin resultado el primer dia. Al segundo internóse con un rebaño en los bosques de Archiona, en compañía de dos árabes. El dia se pasó tambien como el anterior, pero al llegar la noche, la fiera dejó oír sus rugidos.

Gerard me ha confesado que estos primeros rugidos hicieron latir su corazon.

Ninguno sino él los habia percibido, porque solo él caminaba en su direccion, cuando de repente, á través de las flotantes sombras, y á unos cincuenta pasos, descubrió al leon, quien por su parte vió tambien al hombre que ya rastrea sin duda hacia rato. A su vista, la cola del animal se meneó, herízase su crin, y dejando escapar un formidable rugido, embiste á Gerard.

Los dos árabes quisieron hacer fuego, pero aquel lo prohibió con gesto imperioso. Se trataba de melirse con él de igual á igual, y de dominar al leon con el primer golpe.

El leon continuó avanzando sin dar otra señal de cólera que un sacudimiento mas vivo de su cola, y una crispatura mas fuerte de sus crines. A cada segundo disminuía la distancia: los cincuenta pasos que le separaban primero se habian reducido á diez. Gerard permanecía inmóvil y en guardia desde el primer instante.

Acaso el leon dudaba que aquel fuese un hombre.

A los diez pasos de distancia entre uno y otro, el leon se detuvo, brotó una llama, partió el tiro, y el animal cayó muerto.

La bala le habia entrado por en medio de la frente, rompiéndole el cráneo, y penetrándole por la cabeza. Yo pregunté á Gerard por qué habia tardado tanto en disparar, y me contestó simplemente: porque era el solo disparo que tenia que hacer.

El vencedor volvió al aduar; si hubiera ido solo, sus palabras no habrian merecido crédito; pero los árabes refirieron la muerte del leon y al siguiente dia se fué en busca del cadáver.

Bien pronto esparcióse por el pais la nueva de que un francés se iba derecho á un leon cuando lo divisaba, matándole del primer tiro.

A principios del agosto siguiente recibió Gerard el parte de que un leon vagaba hacia ocho dias por los alrededores de Zeouezi, causando horrible mortandad en los rebaños.

SEGUNDO LEON.

Esta vez partió Gerard con otro de su cuerpo, natural del pais, y llamado Sardi-Bruner.

Despues de haber tomado los informes necesarios, marcharon los dos á colocarse en un sitio cerca de Aür-Sefia, á la subida de Sergi-el-Haouda, para esperar allí al terrible leon de la Mahouna. Quedaron allí una gran parte de la noche, sin oír nada y conteniendo el aliento para no ser descubiertos. Seria la una y media, y Saadi-Bruner, fatigado de esperar inútilmente, quedóse profundamente dormido.

¿Qué me dices, lector, de un hombre que se duerme al pecho de un leon?

Felizmente, Gerard velaba.

Serian las dos, y la luna brillante hasta entonces, acababa de ser envuelta por una nube, cuando Gerard creyó que se movia por intervalos una sombra, sombra que destacándose despues, y tomando cuerpo, le dejó ver claramente que habia llegado el enemigo que esperaba. Gerard llevaba entonces una carabina de dos tiros, pero se mantuvo impasible como la vez anterior.

El leon, que por su parte creyó tambien haber dado con su presa, se adelantó pausadamente y con la cabeza elevada, dió un salto despues y ganó veinte pasos de distancia, con lo cual se hallaban ambos rivales á treinta sobre poco mas ó menos.

El leon levantó la cabeza, sacudió su crin, dió un nuevo salto, y fué á caer á quince pasos de Gerard, que le disparó en el momento de caer, anunciando un terrible rugido que la bala le habia tocado. A este rugido despertó Sardi-Bruner, á quien Gerard impidió que hiciera fuego como intentaba.

El leon, levantándose sobre las piernas traseras, batiendo el aire con las de delante, el segundo tiro partió, entrándole por la mitad del pecho. En este momento se apoderó Gerard de la carabina de su compañero, aunque un tercer tiro habria sido inútil, porque el leon habia caído para no levantarse mas.

Gerard volvió á la guarnicion seguido de gran número de árabes, y llevando la piel del leon de Mahouna, como Hércules la del de Nemea.

Aquí cuenta M. Alejandro Dumas otras nueve cazas, en cada una de las cuales Gerard ha matado un leon, y concluye de esta manera su interesante narracion.

Hasta aquí llegaba Gerard en sus escursiones á nuestro arribo á Roma. Despues lo he visto yo en Paris, y he oído de su boca los anteriores detalles. Sin embargo, el porvenir de Gerard está fatalmente indicado, de todas partes de la Argelia le van á buscar, y él nunca retrocede. Dejará sobre el litoral africano la reputacion del Hércules Nemea, ó en sus cantos, dirá el árabe como de Hasseu:

«Un leon ruje, Gerard marcha á su encuentro, se oye un disparo, un rugido, un grito, y nada mas.»

«Gerard murió.»

Rugiero Settimo.

Aparece hoy en nuestra galería de retratos contemporáneos el del almirante Rugiero Settimo, personaje que ejerció gran influencia en los sucesos ocurridos en Sicilia en 1848 como presidente del gobierno provisional. Ocupóse con un celo infatigable y con un desinterés digno de las virtudes antiguas de la Constitucion política y administracion del pais, adquiriendo el aprecio, y las simpatías de sus conciudadanos.

EL DOLOR DE MUELAS.



Como acomete.



En el silencio de la noche.



Ensayo de un remedio anodino.



El paciente recurre á los medios mas violentos.



No adelanta nada.



Al mirarse por la mañana al espejo, la víctima se espanta del cambio que ha asperimentado su fisonomía.



Pero de seguro no se espanta tanto como la criada, que viene á traer el desayuno.



Una feliz inspiracion del zapatero, le hace escoger este momento crítico para presentar la cuenta al paciente: este le abona á cuenta un puntapié sin regatear.



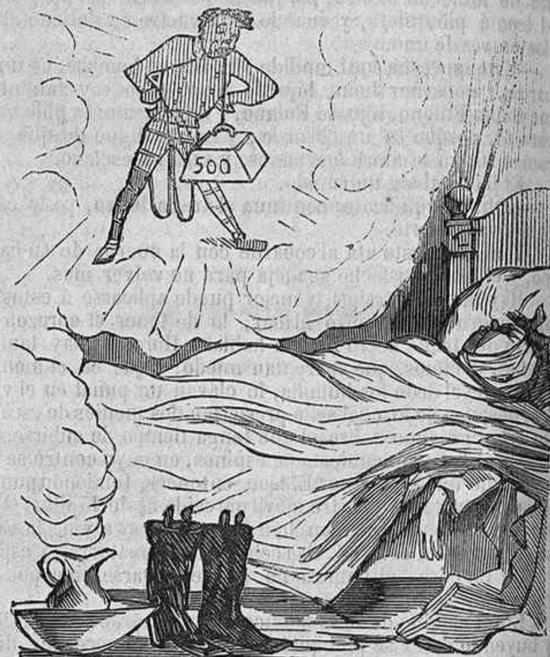
El interesado se dirige á una botica.



Y busca su alivio en la creosota.



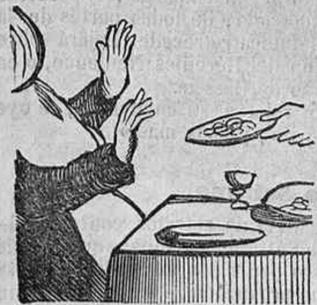
Efecto de la creosota.



Despues de haber ensayado los 387 remedios infalibles contra el dolor de muelas, el paciente acaba en fin por encontrar algunos instantes de reposo.



La calma no es duradera, y el doliente se afana en buscar entre los anuncios de un periódico todos los que hacen relacion á los males de la boca, sin aber por cual decidirse.



La criada le saca de esta perplejidad presentándole un plato de nueces.



Resuelto á adoptar un partido extremo, la víctima corre á casa de Leon, dentista de cámara de SS. MM.



Pero cuando llega á casa del dentista desaparece el dolor.



Y el hombre brinca de gozo.



A la noche siguiente se repite la funcion.



Y el paciente se vé obligado á emprender un paseo de placer envuelto en su sábana.



Hasta que al amanecer un sueño tranquilo le hace olvidar el dolor.



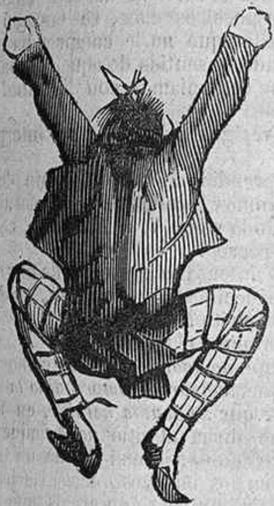
La criada le aconseja que se dé un baño de piés en agua hirviendo, y á los pocos momentos se encuentra con que tiene en sus piés una señal parecida en un todo á unas medias botas coloradas.



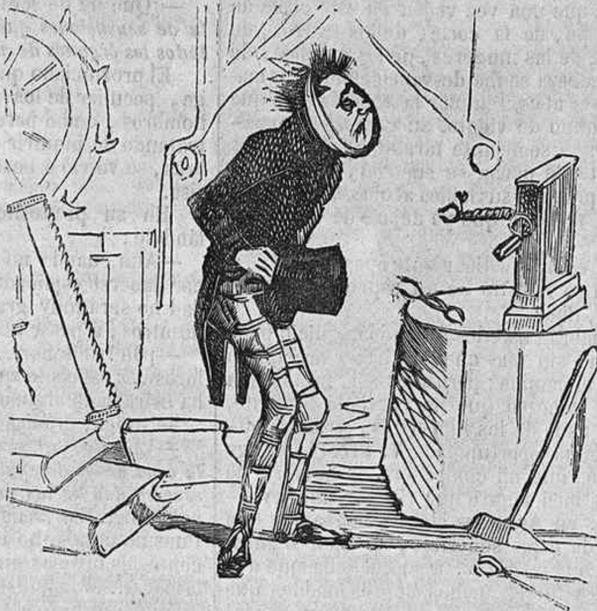
La doméstica le dá otro remedio mas; le aconseja que se llene la boca de agua, hirviendo tambien, y que reciba un calor fuerfísimo en cierta parte que no nombramos por dec necia; pero este medicamento, realmente infalible, exige una constancia impropia del carácter del enfermo.



Decididamente se resuelve á volver á casa de Leon.



Y hace un esfuerzo sobre sí mismo para entrar.



Ruégasele que espere un momento al dentista en el laboratorio.



De pronto un quejido dado en la pieza inmediata le causa alguna inquietud.



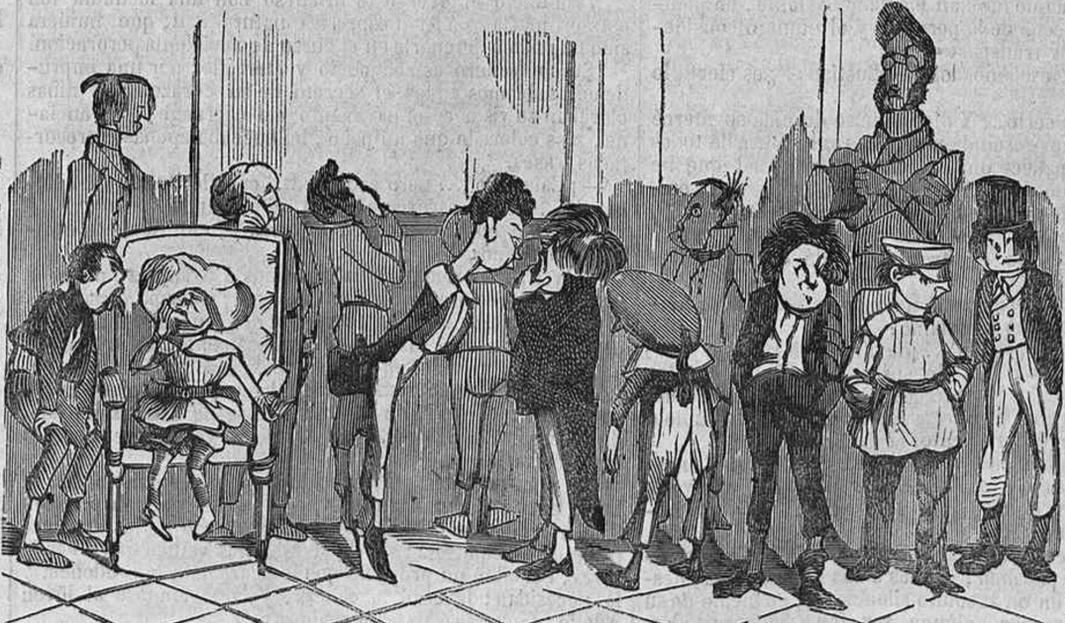
Y se decide á emprender la fuga. Pero no sabemos qué sentimiento de amor propio le detiene.



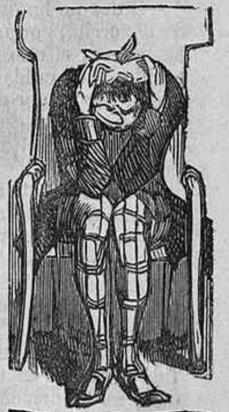
Es cuestion de un instante, caballero.



Esperando, reflexiona bien cual es la muela asesina, para que el dentista no cometa algun error y sacue alguna muela buena por la dañada.



Es preciso esperar á que el dentista pase la revista trimestral á todos los alumnos de un colegio de humanidades.



Y nuestro héroe reflexiona acerca de su situación para hacer tiempo y tomar valor.

(La conclusion en la página 96.)

UN DIVORCIO, TRES BODAS Y UN SUICIDIO.

6

MI PRIMERA ESPEDICION A ARANJUEZ.

Aun no hace cuatro días que, al señalar la esfera del reloj del cuartel de inválidos las doce menos minutos, se veían poblados los salones de descanso, contruidos al efecto fuera de la puerta de Atocha, por un inmenso gentío, que se aprestaba gozoso á marchar al sitio de Aranjuez, por el ferro-carril construido recientemente. La locomotora nombrada *Madriñena* debía arrastrar un numeroso tren, compuesto de once coches, y ya despedía su chimenea un humo denso y negruzco, cuyos borbotones producían un rumor acompasado. Era una de esas mañanas de invierno, en que el sol se muestra radiante y vivificador, y en que el azul del firmamento no está velado por el menor celaje. A lo largo de la línea y hasta la distancia de media legua próximamente, se veía un dilatado cordón que formaban los curiosos de antemano colocados para presenciar la partida. Al sonar la primera campanada de las doce, los viajeros se apresuraron á ocupar sus respectivos departamentos: entonces tuvo lugar una escena digna de referirse por mas de un concepto.

A alguna distancia de nosotros se había sentado una señora gruesa, de colosal estatura, de atléticas formas, cuyo semblante enrojecido traía á la memoria las emanaciones abrasadoras del Etna ó Mongibelo, y cuyo nombre de pila no desdecía seguramente de su inmensa humanidad; *Robustiana* la apellidaba su esposo: este formaba un verdadero contraste con la que no nos atrevemos á llamar *su mitad*, pequeño de estatura y consumido, los dos juanetes de sus mejillas se destacaban perfectamente, las cuencas de sus ojos nos recordaron la célebre *cueva de Montesinos*, y la longitud fabulosa de su nariz, el conocido soneto de nuestro popular Quevedo. Desde el punto en que tuvimos ocasión de observar á la inmensa doña Robustiana, tuvieron para nosotros una explicación satisfactoria las dimensiones *homeopáticas* de don Rufino, que así se llamaba el desdichado esposo de aquella arpía. Los ojos de esta recomendable señora querían salirse de sus órbitas, las ventanas de su nariz despedían tal cantidad de aire que no dificultamos podria llenar, sin grande esfuerzo, el *Eolo de Valverde*, así como descompuso, con sus resoplidos, los cañones de la chorrera de un compañero de viaje. Nos hemos detenido bastante en sus detalles y pasamos á referir la escena á que aludimos mas arriba.

Doña Robustiana tenía una perrita faldera, llamada *Norma*, que era el objeto querido de su corazón: al montar en el carruaje observó el dependiente de la empresa que, por la abertura del manguito que llevaba dicha señora, salía una de las orejas de *Norma*, y llegándose á ella, con la mayor urbanidad, la dijo:

—Señora, es muy posible que ignore V. la absoluta prohibición que existe, relativa á la introducción de animales de ninguna especie, en estos carruajes....

—V. me insulta con sus indirectas; contestó doña Robustiana.

—Dispense V., señora; no creo que me escedo al manifestarla que es de todo punto imposible lleve V. ese perro en el manguito, cuando por otra parte, hay un sitio llamado la *perreira*, en la que será colocado con toda comodidad. Don Rufino entonces se apoderó de *Norma* á duras penas, y se la entregó al dependiente, con mas cuatro reales de vellón que le exigiera por el *flete*. Pocos momentos despues cada viajero estaba instalado en su localidad: el silbato dió por fin la señal de la partida, y el traqueteo de la locomotora hirió nuestros oídos. Con magestuosa gravedad salimos de la estación, recorriendo, en brevísimo espacio, una estension dilatada, llena de una muchedumbre que nos saludaba simpáticamente. Nosotros nos habíamos colocado en un coche de segunda clase, bastante cómodo por cierto, y despues de haber cruzado el saludo de ordenanza con nuestros compañeros de expedición nos embozamos bonitamente en la capa, con el propósito de observar impunemente á nuestros vecinos.

No hacia dos minutos que se desprendiera doña Robustiana de su perrita, cuando un hombre de capa y sombrero calañés, en quien no habíamos reparado, pero el cual presenció el altercado entre la señora y el dependiente de la empresa, la dirigió la palabra en estos términos:

—Despídase su mercé, señora mía, de su perrita; con motivo de llevar yo á Aranjuez un perro mastin, que aprecio en mucho, para que se encargue de su curación un profesor de veterinaria que me han elogiado bastante, he podido observar lo estrecho de la perrera, y el número considerable de los que hoy transporta.

—¿Que escucho! exclamó doña Robustiana, ¿es cierto lo que V. dice?

—Pues no ha de serlo... Y digo que se despida su mercé de la perrita, porque prescindiendo de las agresiones de todos los demas, el mio padece una horrible enfermedad que he tenido buen cuidado de ocultar á los dependientes de la empresa, por temor de que no me permitieran traerle.

—Oh ¡espíquese V.!... ¿qué es lo que padece?

—¡Hidrofobia! repuso el otro, afectando un aire compungido.

Doña Robustiana permaneció un momento estática; luego salió de su parasismo y exclamó:

—Dios mio... ¡será posible!... ¡de hidrofobia!

Y acompañaba cada una de sus exclamaciones con los ademanes mas ridiculos y grotescos. En uno de sus arrebatos cogió del corbatín á su *marido escrupulo*, y arrancándole como á una guinda de su asiento, le decía:

—Señor don Rufino... es V. un cafe... Si hubiera V. medido á *Norma* en uno de los bolsillos de su gabán como yo le dije, no tendríamos que lamentar su pérdida... Sois un bejuco y os detesto...

Al pronunciar estas últimas palabras, se la había torcido completamente la papalina, gracias á sus contorsiones; despues se sumergió en un absoluto silencio, y, en medio de su letargo, dejaba escapar, alguna vez, frases entrecortadas, como *Norma... hidrofobia... marido escrupulo... y otras por el estilo*, que revelaban toda la intensidad de su pena. El pacientísimo don Rufino colocó la barba junto al pecho, exhaló un hondo suspiro, é introdujo ambas manos en los bolsi-

llos del paletó, quedando abismado en sus melancólicos pensamientos.

—¿Quien no se esplica ahora perfectamente las dimensiones *homeopáticas* del pobre don Rufino!

—Pero ya es tiempo de que dejemos á este *afortunado* matrimonio, tipo de la conyugal felicidad, para decir algo de los demas compañeros de viaje.

Muy cerca de nosotros se colocó un anciano rechoncho y colorado; vestía un gabán azul oscuro, y como no llevaba abrochados todos sus botones, dejaba entrever, en uno de los ojales de su frac, una cruz pequeña de Carlos III.

En los asientos de su derecha é izquierda se sentaron dos lindas jóvenes, vestidas con elegante sencillez, y que no por ser tipos enteramente opuestos, dejaban de ser ambas muy bonitas: morena la de su derecha, con esos ojos fosfóricos que encienden una bola de nieve, mejilla tersa y ligeramente sonrosada, unas carreritas de dientes tan blancos como diminutos, pelo negro brillante y poblado y, para concluir, un ligero bozo en el labio superior de su boca pequenuela. Rubia, la de su izquierda, con ojos azules llenos de sentimiento mas que de vida, cocas de oro, rizadas como las de una criolla, y un lunar encantador en la estremidad izquierda de su labio superior.

Frente á ellas, iban colocados dos jóvenes, de agradable apariencia, de maneras elegantes, y de condiciones encontradas al parecer. El primero aparentaba ser uno de los *po-cos* calaveras de buen tono, que frecuentan nuestras sociedades, tan oportuno como despejado; el otro parecia dominado de un horrible *spleen*, ó absorto en tristes consideraciones.

A la franca intrepidez del uno, debimos el saber que aquellas dos interesantes niñas eran hijas del anciano que las acompañaba; á la taciturnidad del otro, el que no oyésemos el metal de su voz, en mucho tiempo. El uno nos dijo sin que nadie se lo preguntara que se llamaba Adolfo, quien era su padre, profesion que ejercia, señas de su habitacion, recursos con que contaba; disertó sobre las dulzuras del matrimonio, dirigiendo sendas pullas á doña Robustiana y su apocado esposo, que continuaban en el estado en que les dejamos; habló de los inconvenientes que la obesidad trae consigo, aludiendo al padre de las niñas, de las ventajas que reporta á las naciones el establecimiento de los ferro-carriles, de los lazos y de la fraternidad que debe existir, en lo sucesivo, entre las personas que una vez viajan en esta clase de vehículos; habló del campo, de la corte, de los teatros, de las reuniones, del juego, de las mugeres, de los caballos, de los perros, etc. etc. Mi cabeza se iba desvaneciendo, á la manera que se ofusca la vista al contemplar la rapidéz con que giran las aspas de un molino de viento. Su compañero aparentaba no acostumbrarse á semejante tarabilla y le miraba asombrado. Un momento de pausa se sucedió, durante el cual el jóven taciturno aproximó sus labios al oído de su compañero, pero no de tal manera que yo dejase de oír la siguiente exclamación.

—¡Oh, qué linda!... estoy perdidamente apasionado!

Entonces el calavera se revistió de un aspecto grave, y dirigiéndose al anciano, dijo:

—Seguramente que habrán ustedes formado un juicio poco favorable de mi persona, sin mas que por haber procurado entretenerles, durante el camino; pero si es así, no me han hecho justicia. Aunque conozco que he charlado bastante, todavía no les he dicho nada de los hipócritas, y ahora pudiera haber en esto alguna oportunidad. V. creará, amigo mio, le decía al anciano, que mi compañero es hombre de mas juicio que yo, y es bien seguro que sí, por una eventualidad, ocurriese á V. en Aranjuez alguna ocupacion que le obligara á separarse de estas señoritas, es bien seguro, digo, que mejor las encomendaría V. á su custodia que á la mia; como si los mudos fuesen menos impresionables que los que hablamos alguna cosa. ¡Pues hacia V. buen negocio! ahora mismo acaba de decirme con mucho misterio. ¡Oh que linda, estoy perdidamente apasionado! Y dirigiéndose á su amigo, continuó: Habla hombre... por cuál de estas dos señoritas te decides... mira que es muy perjudicial comprimir los ímpetus amorosos... declara tu atrevido pensamiento... Tus románticos delirios te inclinan indudablemente á esos ojos azules... ¡Oh! ya se vé que tienes buen gusto... apuesto á que ya has fabricado media docena de sonetos en su elogio... solo así puede explicarse tu silencio... haz el amor á ese ángel, mientras que yo dedico mis obsequios y mis atenciones á su linda hermana, cuyos negros ojos han abierto en mi corazón una herida, mas ancha que el boquete de la chimenea.

Pronunció el jóven este discurso con una facundia tan extraordinaria, con tan espresiva naturaldad, que hubiera sido imposible detenerle en el curso de su violenta peroracion.

Su compañero estaba pálido y aterrado; por una imprudencia sabíamos todos el secreto de su corazón; las niñas clavaban su vista en el pavimento del carruaje, y el anciano, mas colorado que un pabo, balbuceaba apenas entrecortadas frases.

—¡Caballero!... pero caballero... caballero... ¿Qué dice usted?... ¡cómo atreverse!... en mi presencia...

El jóven no le escuchaba siquiera y, enteramente decidido, continuó:

—Oyes, Federico, pronto llegamos á Aranjuez, darás el brazo á tu preciosa deidad, yo á la mia, su papá presentará el suyo á aquella interesante señora del rincón, señalando á una marmota que roncaba estrepitosamente, recorreremos los jardines, veremos la *casa del Labrador* y todo lo mas notable del Sitio, comeremos amigablemente, luego al coche, del coche á Madrid, de Madrid á casa de estas señoritas, de su casa á la iglesia, y de la iglesia ya resolveremos lo mas acertado.

El anciano habia permanecido algunos momentos con la barba enterrada en el corbatín, y las orejas en una posicion bastante ridicula debida al almidonamiento de los enormes picos de su camisola; sin duda mientras estuvo *entre bastidores*, concibió un proyecto que le aconsejara la prudencia; la necesidad: levantó la cabeza, y, dirigiéndose al jóven Adolfo, se espresó de esta manera:

—Sois el joven de mejor humor que he visto en mi vida, y tanto ha sido lo que me agradó vuestro despejo que, en nombre de mis queridas hijas, acepto vuestros ofrecimientos, y espero que podreis servirnos de mucho.

Adolfo se inclinó ligeramente, como asegurando que estaba completamente á sus órdenes. El anciano continuó:

—Segun os esplicais, no es esta la primera vez que venis al sitio, y esto es para nosotros una garantia de que veremos todo lo mas notable. Repito que acepto gustoso vuestros ofrecimientos, toda vez que han sido hechos de la manera mas espontánea, y por una persona que escita tantas simpatías.

A la manera que el toro enfurecido es cortado en la mitad de su carrera por la habilidad del diestro, que le presenta su capa ingeniosamente, dejándole asombrado, así mismo el jóven Adolfo se trocará del extremo del calaverismo al de la juiciosa urbanidad, produciéndose en adelante con el mayor decoro y usando de la mas delicada galanteria con sus lindas compañeras de viaje. La conversion estratégica del anciano habia producido los efectos que se propusiera. El jóven disculpaba su locuacidad y pedía mil perdones á aquellas niñas, cuyas mejillas se habian coloreado no hacia mucho, al escuchar ciertas frases atrevidas que aquel pronunciara. En adelante continuaron en amigable plática, sin que Adolfo se estralimitase lo mas mínimo, antes, por el contrario, guardando toda clase de atenciones, á que el bello sexo es tan acreedor.

Otro de los que iban en nuestro coche, aparentaba ser un hombre de provincia acomodado, que despues supimos acababa de llegar de un pueblo de la provincia de Salamanca, con el único objeto de ver, por sus propios ojos, el adelanto de los tiempos modernos, cuya sola prediccion hubiera sido castigada en nuestro pais, y no hace mucho por cierto, con toda la severidad del *Santo Oficio*. A su lado iba mediotendido un niño de unos diez y ocho años, verdadero *pollo*, vestido con elegancia, pero que ó bien fijaba sus ojos amortiguados en el techo del carruaje ó bien en el pavimento Flaco y descolorido, se enterraba casi por completo bajo las anchas alas de su sombrero y era tal su inmovilidad, que escitó la compasion del provinciano, que le habló en estos términos:

—¿Vá V. enfermo, amiguito?

—Sí señor, replicó el polluelo.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Y qué siente V? volvió á preguntarle el provinciano, con el mejor interés y amabilidad.

—¿Qué he de sentir... *hastio de la vida... carencia absoluta de sensaciones que me conmuevan... escentricidad... gastados los órganos de mi impresionabilidad...*

El provinciano que no estaba al corriente de este lenguaje, peculiar de los niños de nuestros días, se encogió de hombros, como para manifestar que no le comprendia, y tratando de inquirir el verdadero sentido de aquellas palabras, se volvió á nosotros que conteníamos con dificultad la risa.

En su propósito de averiguarlo, prosiguió interpe-lándole:

—Aun cuando no he comprendido á V., le dijo, sin duda por haberse esplicado en términos facultativos, su enfermedad no será muy grave, cuando viene V. á Aranjuez, como nosotros, á pasar un día de recreo.

—¡Oh! si señor... es muy intensa la gravedad de mis dolores... ¿sabeis lo que son padecimientos morales?... Se os ha estraviado alguna vez el espíritu?

—Nunca, gracias á Dios; repuso el provinciano.

—Entonces quiere decir que *no habreis apurado* como yo, *la copa de los desengaños... que no habreis comprendido la insensibilidad de las mugeres... que no teneis nervios*, en una palabra... Estrañais que me dirija al sitio de Aranjuez... Pues no creais, he estado vacilando sobre si darme un tiro, con estas pistolas que llevo en los bolsillos, cargadas hasta la boca... lo he suspendido por hoy, pero no creais que renuncio á mi proyecto... *es mezquinamente pequeña la atmósfera en que respiro... inmensamente grande el tedio con que miro mi existencia.*

El polluelo habia pronunciado con afectacion ridicula, con énfasis grotesco sus últimas palabras, que habian dejado absorto al provinciano, quien creia ser presa de una inverosímil pesadilla; le era enteramente nuevo el estravio de nuestros niños, á que nosotros nos vamos acostumbrando por desgracia, y á cuya estirpacion no coadyuvamos como fuera de desear.

Ambos interlocutores guardaron un profundo silencio. Otras varias conversaciones se sucedieron entre los demas que llenaban el carruaje, pero que no merecen el honor de trasmitirse á nuestros lectores.

Poco despues el convoy se habia detenido; estábamos al fin de nuestro viaje.

Don Rufino tocó ligeramente en el hombro á su esposa, que levantando la cabeza, dijo:

—¿Qué quieres, monstruo!

—Te advertia, querida, que estamos en Aranjuez...

—Prepárate á conducir el cadáver de *Norma*, al panteón que he decidido levantar á su triste memoria.

—Puede ser que esté sana y salva, repuso D. Rufino.

—¿Cómo lo ha de estar hombre inícuo!... vé por ella al instante.

Tan de prisa quiso obedecer la orden de su *amable* esposa, que dió de bruces en el suelo, se empolvó todo el vestido, se hizo sangre en la nariz y llevó la silba mas soberana que han dado los muchachos de Aranjuez.

Levantóse como pudo y fué en busca de la perrita que tenía tronchadas ambas manos, hechas cribas sus orejas, y arrancadas la mayor parte de sus lanas. El marido no se atrevia á presentar á su muger la *Norma* en semejante estado; pero doña Robustiana oyó sus lamentos y se arrojó del carruaje, con la agilidad de un ganso, moviendo difícilmente su gigantesca humanidad. A semejante espectáculo la sobre vino una congoja, siendo necesario que la condujesen entre ocho robustos dependientes á la fonda mas inmediata, marchando don Rufino delante, con la perrita en sus brazos.

El anciano y sus dos hijas bajaron asimismo del carruaje, sostenidas por los jóvenes Adolfo y Federico, cuyos brazos aceptaron poco despues con permiso del papá.

El provinciano bajó igualmente, y como si se le olvidara alguna cosa, se aproximó de nuevo al coche, y dijo al polluelo, que aun estaba medio tumbado con indolencia:

—Me alegraré que V. se alivie.

Por fin fué el último de los que salieron del carruaje el niño, y al tocar tierra baciló, siéndole indiferente, al parecer, dirigirse por la izquierda ó por la derecha. Yo me alejé al punto, no sin haberme provisto de billete para la vuelta.

Pasé el día lo mejor que me fué posible, á pesar de que hay una diferencia inmensa del Aranjuez de febrero al de mayo; recorrí sus jardines, ahora sin verdura y sin perfume; visité el Parnaso sin hallar, por mas que hice, al descendiente de Júpiter y Latona, al hermano de la cazadora Diana, al Rubicundo Apolo, ni á sus nueve compañeras, y pensando en las escenas que habian tenido lugar durante el viaje, me encontré con que eran las cuatro y cuarto. Al poco rato debiamos volver á Madrid, por cuya razon me encaminé á la estación, advertido como lo estaba de que suelen apoderarse los intrusos de localidades que no les corresponden.

Como todos, al llegar al sitio, habiamos procurado asegurar el retorno, claro está que el viaje de vuelta habiamos de hacerle las mismas personas, con limitadas excepciones; así es que ya nuestro saludo fué mas familiar, y mutuamente nos preguntábamos como se habia pasado el día. Bien pronto pudimos observar que continuaba la crisis entre doña Robustiana y don Rufino, producida por la desgracia acacida á la infelicitada Norma, que merced al percance de la perrera, obtuvo la gracia de volver en el regazo de su ama. Asimismo conocimos instantáneamente el incremento que habian tomado las relaciones de Adolfo y Federico, con las esbeltas hijas del anciano, que por su parte platicaba á la sordina con la marmota que roncaba á la ida. El polluelo tomó su acostumbrada postura académica, y nosotros trabamos conversacion con el provinciano, que se admiraba de la rapidez con que atravesábamos un espacio considerable.

Al poco tiempo estábamos en Madrid, donde nos separamos en direcciones encontradas....

Al día siguiente pasábamos por la calle de la Vicaría, cuando vimos venir hacia nosotros al pobre don Rufino, triste y editabundo.

—Amigo mio, le dijimos, ¿á dónde camina V. tan distraído?

—Voy á la vicaría, á presentar mi demanda de divorcio.

—¿Será posible! con que doña Robustiana....

—Se la ha desarrollado barbaramente el órgano de la ferocidad.

Seguimos adelante y nos encontramos al anciano que nos llamó con aire de satisfacción.

—¿Podréis figuraros á donde me encamino? nos dijo:

—No es muy fácil, si no tenéis la amabilidad de explicármelo.

—¿Pues voy á la vicaría...?

—¿A presentar vuestra demanda de divorcio?

—Al contrario; á comenzar las diligencias para la realizacion de tres enlaces.

—¿Cáspita.

—Cómo lo ois. He resuelto casar á mis dos hijas con aquellos jóvenes que fueron nuestros compañeros de espedicion.

—¿Y quién es el otro que se suicida?

—Soy yo precisamente, que me caso con aquella señora frescota que iba en el rincon del coche.

—¡Oh! bien me acuerdo... pues que sea por muchos años.

Seguimos nuestro camino y al llegar á lo último de la calle de Atocha, vimos mucha gente reunida que miraba á través de una reja, situada casi al nivel del piso. Escitado el órgano de la curiosidad, nos acercamos igualmente, y conocimos que era un cadáver espuesto al público, segun es costumbre, en la capilla del hospital general. Preguntamos al que se hallaba mas próximo á nosotros y al volver la cabeza nos hallamos con el provinciano, que nos dijo lo siguiente.

—¿Sabéis quien era el difunto?

—No por cierto.

—El niño que fué con nosotros á Aranjuez, á quien se encontró anoche cadáver, junto á las tápias del cementerio de san Nicolás.

—¿Asesinado tal vez!

No señor, levantada la tapa de los sesos con un cachorrito que se halló á su inmediacion.

—No lo extrañéis... efectos del hastío de la vida... resultado de la carencia de sensaciones... de su escentricidad... de estar gastados los órganos de su impresionabilidad... de sus nervios, para decirlo de una vez.

—¡Pobre niño!

—¡Que la tierra le sea leve!

—¡Amen! contestó el provinciano, tomando direccion opuesta á la que llevábamos.

Nosotros continuamos el paseo, filosofando á nuestra manera, acerca de las situaciones tan encontradas en que habiamos hallado á nuestros compañeros de viaje, sacando por fin en limpio un divorcio tres bodas y un suicidio.

Nos proponemos repetir, de cuando en cuando, nuestras espediciones, y es muy probable que, si las escenas que se representan en nuestro departamento tuviesen alguna originalidad, las trasmitamos, en seguida, á nuestros pacientísimos lectores.

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

HIGIENE DENTARIA.

DE LOS ACCIDENTES QUE PUEDE OCASIONAR LA SALIDA DE LOS PRIMEROS DIENTES.

(Continuacion.)

El dolor es, sin contradiccion, el mas frecuente de todos los accidentes á que están espuestos los niños en la época de la denticion: en el concepto de algunos médicos, es la causa principal de todos los desórdenes, que entonces sobrevienen; pero las razones en que apoyan esta opinion son tan defectuosas como la explicacion que se dá generalmente de las causas que los determinan.

Es esta una cuestion que todavía no está completamente resuelta, porque la compresion que los dientes ejercen sobre las encias, á la cual se atribuye ordinariamente este dolor, es insuficiente para explicar los terribles accidentes á los que sucumben un gran número de niños. Es insuficiente so-

bre todo para los médicos fisiologistas, que saben que en el estado de salud las encias no poseen sino una debil sensibilidad, y que como sucede en muchas, si llegan á inflamarse ó rasgarse por una causa cualquiera, los dolores que producen no son capaces de trastornar toda la economía, como muchas veces acontece, en la época de la primera denticion.

Se dirá acaso que, en los dos ó tres primeros años de la vida, la naturaleza está ocupada al mismo tiempo en la formacion de las raices de los dientes temporales y de las coronas de los permanentes; la membrana mucosa de la boca, en cuyo interior se hace este trabajo, adquiere una sensibilidad, que la mas ligera causa puede transformarla en enfermedad, pero entonces, si la actividad excepcional de que goza esta membrana por la aceleracion de su circulacion es la verdadera causa de los desórdenes que indicamos, ¿cómo es que, lejos de sentirse el dolor durante el movimiento fisiológico que lo determina, no llega precisamente á su máximo de intensidad, sino cuando este movimiento toca á su término? A esto difícilmente se puede responder.

Lo que hay de cierto es, y las observaciones cotidianas lo confirman, que la constitucion particular del niño contribuye mucho al desarrollo y á la intensidad de los accidentes de la denticion. La esperiencia prueba en efecto, que esta es generalmente mas penosa en los niños débiles, delicados ó afectos de algun vicio; en los que están mal alimentados ó son nacidos de padres delicados, sujetos á alguna enfermedad hereditaria ó de edad desproporcionada; pero principalmente en los que proceden de una madre irritable, esto es, de temperamento nervioso, como tantas que se encuentran por desgracia en las grandes poblaciones y en las clases elevadas de la sociedad.

No se crea por esto que los niños bien constituidos y robustos están exentos de todo peligro; antes bien, cuando son acometidos de accidentes, son estos en general, mas intensos que en los demás, y aun sucumben á ellos mas pronto.

Por difícil que sea determinar con precision cuales son los dientes, cuya salida produce mas accidentes, se puede sin embargo decir, que estos son menos graves en la primera época de la primera denticion que en la segunda; y la tercera esta mas sujeta á ellos que las dos primeras; de manera, que con razon se considera la salida de los últimos pequeños molares como la mas peligrosa, porque va muchas veces acompañada de convulsiones.

Sin embargo, la opinion de los médicos no está conforme sobre este particular, lo que prueba que se han exagerado en general los riesgos que acompañan la erupcion de los dientes, asi como los que puede haber en reemplazarlos.

Cuando los dientes salen casi todos á un mismo tiempo en cualquier época que sea, entonces la erupcion suele ser mas peligrosa que cuando salen sucesivamente. Finalmente, esta erupcion es mas penosa si es precoz que si es tardia, y es tanto mas de temer, cuanto mayor es el número de los dientes que salen á la vez.

Cuando van á salir los primeros dientes, el niño siente en las encias una comezon que le hace llevar los dedos á la boca y morderlos, asi como todos los objetos que puede cojer: el calor se aumenta en la boca, la que está un poco seca; despues se ven las encias mas encendidas ó hinchadas; sobreviene entonces un movimiento de calentura, y el niño se muestra inquieto y agitado en el seno de la nodriza. Mientras que este estado es moderado, no puede considerarse como indicio de una denticion difícil, porque hay muy pocos niños que no esperimenten todas ó parte de estas alteraciones.

Por desgracia no se limitan á esto solo, sobre todo en el momento de la erupcion de los dientes caninos, ó de los pequeños molares. La hinchazon de las encias es entonces mucho mas intensa; estan muy encendidas, duras, doloridas y calientes al tacto. Algunas veces su tension es tan considerable, que parecen amenazadas de la gangrena; la boca muy seca y árida presenta muchas veces en su interior aphtas, ya en los labios, ya en las encias.

No es raro tampoco ver presentarse la hinchazon de las glándulas situadas debajo de la quijada inferior, y una salivacion abundante.

Si se fija la atencion fuera de la boca, se ve que las megillas estan encendidas y calientes: la calentura es violenta: el niño en su agitacion lleva continuamente las manos á la cara y á la boca; toma, deja y vuelve á tomar incesantemente el seno de la nodriza, y no puede quedarse dormido sino en sus brazos. Su vista abatida espresa un sentimiento doloroso, que le oprime desde luego mas de lo que le agita.

Su sueño, que antes era continuado y apacible, se interrumpe con frecuencia, ó desaparece enteramente, llora y grita sin cesar; el seno de la nodriza que le calmaba y le hacia callar, no tiene ya para él esta preciosa virtud: si el desvelo no es completo, apenas empieza á dormir, despierta sobresaltado. Algunas veces sobreviene una tos mas ó menos frecuente, dificultad en la respiracion, y aun vómitos y movimientos espasmódicos.

Los síntomas de que acabamos de hablar, van muchas veces acompañados de flojedad y movimiento de vientre. El enfermo (porque desgraciadamente merece este nombre) está atormentado de retortijones de vientre, hace deposiciones líquidas, frecuentes, verdosas, y fétidas algunas veces.

En general, cuando este movimiento no es excesivo, debe mirarse lo mismo que la salivacion, como una evacuacion favorable y saludable, que conviene mas bien mantener que cortar inmediatamente.

Las convulsiones son uno de los accidentes mas peligrosos que acompañan á la primera denticion; en algunos casos se presentan solas; en otros, y es lo mas frecuente, van unidas á los accidentes precedentes, cuyo peligro agravan.

Los niños están sujetos á ellas durante la erupcion de los pequeños molares, principalmente á los dos ó tres años sobre poco mas ó menos. Algunas veces son ligeras, y se reducen á ciertos movimientos espasmódicos de los miembros, y entonces son poco peligrosas, pero en algunas ocasiones son violentas, generales, acompañadas de hipo, de inflexibilidad de los miembros, haciendo juntar con fuerza las quijadas. Entonces la vida del niño está en el mayor peligro, y muchas veces sucumbe en medio de las mas terribles convulsiones, á pesar de la prontitud de los socorros y de la prudencia con que hayan sido administrados.

Sin embargo, las convulsiones que sobrevienen á los niños en la época de la denticion no provienen siempre de

la salida de los dientes; pueden tambien provenir de otras causas, las lombrices son las mas frecuentes.

Siendo fácil confundir estas convulsiones con las de la denticion, aun por las personas que poseen algunos conocimientos, y exigiendo un tratamiento enteramente diverso, no será fuera de propósito presentar aquí las señales características de la existencia de las lombrices, y son las siguientes: el niño siente una comezon continua en la nariz, tiene ojeras, y las pupilas dilatadas; la respiracion fuerte y el semblante abotargado. Tiene tambien comezon en la garganta, que produce movimientos semejantes á los de la degluticion. Unas veces pierde enteramente el apetito, y otras, al contrario tiene ya hambre voraz. El vientre está duro, estirado y dolorido, sobre todo hácia el ombligo; entonces suele tener cólicos y una calentura que abate todas sus fuerzas.

No siempre se manifiestan todos estos síntomas en el niño atacado de las lombrices; pero no es necesario que todos se hallen reunidos para presumir que las tiene, y bastan algunos de los principales indicios; pero nunca hay la certidumbre de su existencia, sino cuando se han espelido algunas ó en las deposiciones ó por el vómito.

La denticion puede ir tambien acompañada de muchas enfermedades, tales como inflamacion de los ojos, ceguera, fluxiones en la cara y en los oidos, catarro pulmonal, tos convulsiva y aun ferina, escrófulas, fiebre ética, etc.

Seria contrario á los conocimientos fisiológicos actuales pretender que estas enfermedades son el resultado de la salida de los dientes, y peligroso seria tambien dejar á los padres en esta creencia. La enfermedad local, que determina la denticion no hace mas que poner en juego la accion de algunas causas morbíficas, á las cuales estaban predispuestos los órganos en donde residen estas enfermedades que se desenvolverian igualmente por otro motivo cualquiera de excitacion.

Finalmente, en algunos casos raros se han visto niños que desauiciados y reducidos por las enfermedades de la denticion al último grado de marasmo, repentinamente se restablecieron por efecto de una resolucion favorable que habia producido la erupcion inesperada de muchos dientes. Ya se deja ver que estas felices trasformaciones, son debidas enteramente á la naturaleza, y que el arte no posee por desgracia los medios de ejecutarlas.

Seria pues imprudente descuidar las enfermedades que pudieran afectar á un niño, con el pretexto de que se curarian con la salida de los dientes. Una triste esperiencia nos enseña cuán funesta es la irresolucion, cuando debe tratarse de excitar la naturaleza á una marcha regular.

FENÓMENOS DE LA SEGUNDA DENTACION, Ó DE LA CAIDA DE LOS DIENTES TEMPORALES Y DE SU REEMPLAZO.

El niño no conserva mucho tiempo tiempo los veinte dientes de que su boca ha sido provista sucesivamente desde el séptimo mes, sobre poco mas ó menos de su nacimiento, hasta los tres años; porque apenas llega á los siete, cuando la aparicion de los cuatro primeros grandes molares indica el trabajo que se efectúa para la caída y reemplazo de los veinte temporales. Pero la naturaleza, fiel á la admirable prevision que preside á todas sus obras, ha juzgado conveniente dar nuevos dientes al niño antes de privarle de los de la primera edad; porque los cuatro primeros molares, cuya salida acabamos de notar, son permanentes, y forman como llevo dicho, el primer tiempo de la segunda denticion.

La primera cuestion que necesariamente se presenta aquí á los que quieren acercarse al conocimiento de las causas primeras, es esta: ¿Por qué no conserva el hombre toda su vida los dientes primitivos? Porque el adulto, responden la mayor parte de los dentistas, debiendo hacer un uso mas frecuente de los dientes, era necesario que fuesen mucho mas fuertes.

¿Mas fuertes! ¿en qué? ¿en densidad? Entonces debe ser mayor la fortaleza de los primeros, porque todos los químicos que han analizado comparativamente los dientes de leche y los permanentes, han hallado en los de un niño de dos años 23 partes sobre 100 de materia animal solamente, y 67 de fosfato de cal, al paso que los dientes del adulto dieron 28 de materia animal y 61 de fosfato de cal, siendo casi igual la cantidad de carbonato de cal. (1).

JOSÉ LEON.
(Cirujano dentista de SS. MM.)

Una leccion de delicadeza.

Los ingleses suelen dar muestras de su entusiasmo en las representaciones teatrales por medio de ovaciones á veces originalísimas. Cuéntase que cantando nuestra célebre compatriota la Malibran en Londres el papel de Desdémona, en el *Otelo*, un entusiasta de oficio arrojó un billete de mil libras esterlinas á los pies de la cantatriz, en medio de la lluvia de flores que inundaban el teatro. La Malibran lo vió caer, y conoció en seguida que era un billete del Banco de Inglaterra; pero el público que no estaba en antecedentes empezó á gritar en masa:

—¡Leed el billete!

Entonces el tenor lo recogió, y se puso á leer con una flema asombrosa, que hacia mas cómico aun su acento italiano, las palabras siguientes:

« Banco de Inglaterra. »
« Mil libras esterlinas. »

« Tendreis á bien pagar á la vista y al portador, etc. »

Una carcajada general interrumpió al tenor, el cual, despues de haber consultado á la Malibran, se adelantó hasta la Concha, y dijo:

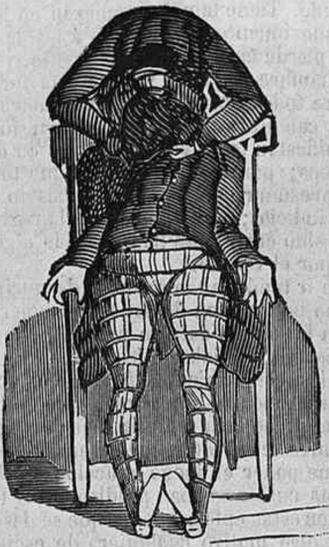
—Señores:—No podemos continuar la lectura de este billete, que hemos abierto equivocadamente, pues viene dirigido el sobre á los pobres de la capital.

Un prolongado y unánime aplauso fué la contestacion del público á esta manera delicada de dar una leccion al poco diestro entusiasta.

(1) Véase Lassaigue, Compendio elemental de química; 2 tomos en 8.º: Paris 1842.

EL DOLOR DE MUELAS.

CONCLUSION.



Exámen y averiguacion.



El dentista comienza su interminable operacion.



¡El primer cuarto de hora!



¡El segundo cuarto de hora!



¡El tercer cuarto de hora!



¡El cuarto de hora número 4!!!



Ya salió.



El hombre se sorprende al ver que esta interminable operacion no ha durado mas que un minuto.

LA MUERTE.

Meditacion.

A M....

¿Por qué de aquesa lúgubre campana turba los aires la siniestra voz?
 ¿Quién es esa temida soberana que su sonido cóncavo anunció?
 —La muchedumbre pálida repite en ronco acento, aterrador:
 «¡Al monstruo dad famélico su presa de hoy!»

De la humilde cabaña al régio trono alcanza su segur con golpe igual; arranca al infeliz de su abandono, á la virgen del ara nupcial: de su miseria al huérfano, de su hélico triunfo al vencedor, y á la viuda exánime de su dolor.

¿Por qué llorais los que á su golpe rudo mirásteis vuestro amor desaparecer?
 ¿No es ella, acaso, impenetrable escudo contra todo el humano padecer?...
 —¡No cesen, no, las lágrimas!
 Mas corran por vosotros que vivís; que del placer vestibulo es el morir!

Ese inquieto anhelar que turba el alma, ese deseo vago y seductor de mas profunda fé y amor y calma que las que en este mundo puso Dios, —revelacion altísima no son de una existencia mas cabal, de fé y amor angélicos y eterna paz?



Y se echa en los brazos de su salvador, lleno de reconocimiento.



Por la noche vá á celebrar su bienestar bailando alegremente en casa de la condesa de...

¿Por qué, pues, á la voz de esa campana que de tanto penar anuncia el fin, se ha de empeñar la necia grey humana insensata en llorar, ciega en gemir?
 —Por qué no grita unánime, en himno de alto júbilo y amor:
 «Al númen dad benéfico su ofrenda de hoy?»

AKSTIN ELPIDOS.

Pocas palabras, y al grano.

Un célebre poeta de Bagdad habia oido elogiar tanto á un cofrade suyo de Damasco, que resolvió hacer un viaje para juzgar por sí mismo si era merecida la reputacion de su rival: inmediatamente se puso en camino, y luego que llegó á casa de aquel y le hubo saludado segun costumbre, le manifestó el objeto de su visita. El damasquino tomo en seguida el manuscrito de una historia que estaba escribiendo y leyó un capítulo á su huésped, el cual le escuchó en silencio, y cuando aquel hubo acabado, se levantó y dijo:—Sois el mas gran escritor en prosa. En seguida se levantó saludóle cortesmente, montó en un dromedario y regresó á Bagdad. Seis meses despues el ciudadano de Damasco entraba por las puertas del aristarco que le habia dado su parecer sobre la prosa: este le recibió silenciosamente, aunque le ofreció un asiento, y se dispuso á escuchar; pues su compañero se preparaba, sin mas ceremonias, á leerle algunos trozos de unas poesias que acababa de componer: oyóle con la misma atencion que lo habia hecho en Damasco y, terminada la lectura, dijo solamente, continuando la frase suspendida seis meses antes:—«y en verso.» Acto continuo se separaron sin hablar mas palabra.

Precaucion de un andaluz.

Encontróse un andaluz con unos ladrones, los cuales despues de haberle robado, le apalearon con una escopeta que llevaba para su defensa, y como los ladrones se llevarán el arma, pidióles aquel por favor que se la dejasen.—¿Para qué la quiere usted, le preguntaron ellos, si se deja apalear como un chiquillo?—¿Que pa qué la quiero? contestó el andaluz, paa si me encuentro con otroz, que me peguen al menoz con armaz conocidaz.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.